

miento periodos completos y razas enteras, y que últimamente han fundado grandes instituciones, tienen sus caricaturas, terribles á veces y sanguinarias. Así, el comunismo es caricatura de una de esas instituciones características, y el antinacionalismo recientemente proclamado, lo es tambien de otra. Necesario es (se dice) que acabe toda division entre las naciones; ¡ la Europa entera ha de ser un solo hormiguero de pueblos! Mas, ¿por qué solamente Europa? Repitémoslo: toda idea histórica, aun la mas grande y la mas sagrada, tiene su repugnante caricatura."

Hasta aquí lo que hemos extractado de las doctrinas del moderno profesor Lieber en su "Opúsculo sobre nacionalismo é internacionalismo."—Nueva-York.—1870.

VIII

LAS PASIONES.

A nadie asombre que á afirmar me atreva,
Que siendo á la alma la materia odiosa,
Aquí para vivir en santa calma,
O sobra la materia, ó sobra el alma,
ESPRONCEDA.

DUZGAR de las pasiones en abstracto, equivale á remontarse á un mundo de tal naturaleza que nos haria invisibles á la vez que incomprendibles para el lector.

Al hablar sobre las pasiones, se necesita no una vana y pueril declamacion, no una charla mas ó menos ilada ó insustancial.

Lo que se necesita es hacerlas conocer prácticamente y presentarlas en pleno relieve, para que puedan ser justipreciadas.

Nadie ignora que las pasiones son la fuerza motriz de esa máquina, tan compleja como interminable, que recibe el genérico nombre de Humanidad.

En otros términos, podriase decir que las pasiones son el jugo, la savia indispensable para la viabilidad humana.

Dadnos un hombre sin pasiones, y este hombre dejará de ser hombre.

Las pasiones tienen desde luego su punto de partida en la existencia del *bien* y del *mal*.

Las pasiones, por decirlo así, no son más que una de tantas fases con que el hombre debe representar su interesante papel en el gran drama trágico - cómico de la creación.

También uno de los resortes más poderosos que dan movimiento y vida á las pasiones, es lo sin duda alguna esa gran rueda motriz que hace girar al hombre en un círculo de cálculos y conveniencias, del cual jamás se aparta; tal es el *amor propio*.

Esta es la pasión fundamental de la cual se derivan todas y cada una de las afecciones del corazón humano.

Oigamos lo que con este motivo dice el filósofo favorito de Ana Genoveva de Borbon, duquesa de Longueville, el célebre Larochevoucauld, á quien ya hemos tenido ocasión de citar en esta obra.

“El hombre más hábil no lo es tanto como el amor propio.”

“El amor propio es el mayor lisonjero de todo cuanto existe.”

“A proporción de nuestro amor propio, sentimos nuestros bienes y nuestros males.”

En efecto, no parece sino que el profundo pensador, soldado de la Fronda, quiso hacer comprender que el amor propio es el móvil de todas nuestras acciones, pues que él nos pinta en sus “Reflexiones” cuánto tiene que ver esta pasión sobre nosotros.

En las mismas páginas de dicha obra encontramos

también los siguientes pensamientos respecto á las pasiones, materia de este capítulo.

“Las pasiones, dice, son los únicos oradores que siempre persuaden. Vienen á ser un arte de la naturaleza cuyas reglas son infalibles, y mejor persuade el hombre más simple apasionado, que el más elocuente no estándolo.”

“Hay en el corazón humano una generación perpetua de pasiones, de suerte que la ruina de una es casi siempre el principio de otra.”

“Por más que tratamos de ocultar nuestras pasiones con las apariencias de piedad y honor, nunca dejan de descubrirse al través de estos velos.”

“Las pasiones son los diversos grados de calor y de frialdad de la sangre.”

“Todas las pasiones nos hacen cometer defectos.”

La Rochefoucauld juzgaba así de las pasiones humanas, porque su espíritu indagador había experimentado cuánto era el poder de tales resortes en la vida práctica de todos cuantos le rodeaban en la escandalosa y desenfrenada corte del siglo de Luis XIV.

Entre las pasiones, hállese una que, hija primogénita del amor propio, predomina casi siempre sobre las demás.

Esta es la **AMBICION**.

¿Y quién ignora ya, que la ambición es el empuje más poderoso que tiene la humanidad para su adelantamiento, así moral como material?

La ambición bien ordenada, esto es, recta y prudentemente dirigida, es uno de aquellos medios por los cuales el hombre alcanza lo que desea.

Esta ambición recibe el nombre de *fuerza de voluntad*, cuando se encuentran obstáculos inesperados y se vencen, ayudados de la constancia, no obstante las dificultades que presentan.

La ambición, además, es una pasión que bien puede clasificarse según los diversos objetos que son su principal y exclusivo móvil.

Así tenemos: ambición de gloria,

Ambición de mando,

Ambición de ciencia,

Ambición de riquezas,

Ambición de ambición.

La ambición de gloria obliga á los hombres á ejecutar empresas aun superiores á sus fuerzas, sin fijarse en si sus obras son ó no buenas para sí ó para las sociedades.

Ejemplos de este caso sobran en la historia de los pueblos; pero á nosotros bástenos citar á Empédocles de Agrigente, quien se precipitó en el cráter del Etna,¹ con el objeto de hacerse pasar por un Dios.

Eróstrato de Efeso, para inmortalizar su nombre, incendió el famoso templo de Diana, que se había considerado hasta entonces como la cuarta maravilla del mundo.

Hernando de Cortés destruye sus naves dando una prueba de heroicidad á la vieja Europa, solo por alcanzar la gloria.

Santiago Mestenski, queriendo seguir la vía de la gloria, pretendió hacerse pasar por Jesucristo.

Entre aquellos que han cultivado la ambición de man-

¹ El Etna es el volcán mas célebre, el mayor y el mas terrible de los volcanes de Europa según la bella expresión de un geógrafo. Se halla en el territorio de la provincia de CATANIA, reino de las dos Sicilias.

do, tenemos á un Moisés, á un Sesóstris, á un Aquiles, á un Leónidas, á un Timoleon, á un Conon, á un Ptolomeo Lago, á un Pirro, á un Scipion, á un Anibal, á un Mario, á un Alcibiades, á un Calígula, á un Julio César, á un Amilcar Barca, á un Carlos Martel, á un Karl-Magno, á un Witinkind, á un Tarik Abdallah, á un Pelayo, á un Gengis-kan, á un Godeffroy de Boullon, á un Ruy Diaz del Vivar, á un Beltran Dugueselin, á un Gonzalo de Córdoba, á un Timour Lenc ó Tamerlan, á un Pedro Bayardo, á un Nicolás Maquiavello, á un Antonio de Leyva, á un Carlos V, á un Schahabras, á un Enrique de Turena, á un Abraham Duquesne, á un Alberto Waldstein, á un Juan Churchill de Marlborough, á un Horacio Nelson, á un Nadir-Shah, á un Miguel Ney, á un Napoleon I, etc., etc.

La mayor parte de estos héroes, unian la ambición de renombre á la ambición de mando, y sus esforzados hechos iban envueltos en trascendentales consecuencias para la humanidad.

Hombres eran que nada veían despues de su existencia, expuesta á los mil peligros de la guerra y la traición, sino un porvenir en que sus nombres sirviesen de modelo á la vez que de admiración para los pueblos.

Rara vez una ambición germina y se desarrolla aislada.

Casi siempre vemos que los hombres son guiados por ambiciones que adunan, tal vez para llegar á su final objeto.

Entre aquellos que han fijado su ambición por las ciencias, ya con la mira de aprender ó bien con la mira de enseñar, la humanidad registra muchos, muchísimos

nombres á los cuales ella no permanece indiferente. Asi hallamos, v. g. los nombres de Thales, Meton, Beroso, Hipócrates, Theophrasto, Arquímedes, Erathóstenes, Heróphilo, Euclides, Hiparco, Strabon, Sosígenes, Cstibio, Heron, Plinio, Dioscorides, Rogerio Bacon, Nicolás Copérnico, Francisco Bacon, Tico Brahe, Galileo Galilei, Guillermo Harvey, Evangelista Torricelli, Blas Pascal, Santiago Cujas, Isaac Newton, Edmundo Mariotte, J. B. Colbert, Juan Napier, Pedro Musschembroeck, Enrique d'Aguessau, José Priestley, Luis Galvani, Guillermo Herschel, Carlos Linneo, Alberto de Haller, Bernardo Jussieu, Lorenzo Lavoissier, Santiago Vaucanson, Jorge Buffon, Eduardo Jenner, Juan Brown, Bernardo Guyton de Morveau, Pedro Jorge Cabanis, Alexandro Volta, Gaspar Monge, Humphrey Davy, Enrique Cavendish, Antonio Mesmer, James Watt, Juan Gall, Mateo Orfila, Andrés del Rio, Alexandro von Humboldt y otros mil y mil que seria largo como cansado enumerar.

Estos hijos de la inteligencia y padres del pensamiento, no tuvieron mas punto de partida que investigar cuáles eran esos tenebrosos misterios que envuelven á la creacion.

Hay, existe tambien, otro género de ambicion que se entremezcla con la ambicion de ciencia y con la ambicion de gloria; tal es la ambicion de artista.

Ambicion quizá la mas noble de las ambiciones, pues que á las armonías del alma, reunen, con mas ó menos valentía, la comprension de la naturaleza.

Los artistas son hijos de la divinidad, propiamente hablando, y casi casi la tocan y se identifican con ella.

¿Quién ignora que al recorrer el inmenso catálogo de los artistas, hallamos genios verdaderamente grandiosos, verdaderamente sublimes?

No nos dejarán mentir las sombras de Phidias, de Homero, de Publio Virgilio, de Cimabué, de Alighieri Durante ó *Dante*, de J. B. Giotto, de Buonamico, de Francisco Petrarca, de Felipe Brunellesco, de Luis Caracci, de Lázaro Bramante, de Leonardo Vinci, de Rafael Sanzio, de Andrés Vannuchi (el *Sarto*), de Luis Ariosto, de Miguel Angelo Bounarotti, de Andrés Palladio, de Santiago Robusti (el *Tintoreto*), de Alonso de Ereilla, de Benvenuto Cellini, de Juan B. de Toledo, de Pablo Caliari (el *Veronés*), de Ticiano Vecellio, de Domenico Zampieri (el *Dominiquino*) de Joseph de Ribera (el *Españoleto*) de Salvatore Rosa, de Guido Reni, de Juan Milton, de Bartolomé Murillo, de Santiago Velazquez, de Claudio Coello, de J. Bautista de Arriaza, de Jorge Gordon (*Byron*) de José de Espronceda, y de otros tantos que no recordamos en este momento.

Aquellos que tan solo ven la felicidad en el goce y acumulamiento de riquezas materiales, no ambicionan mas que la posesion del oro. Estos tales son muy desgraciados; son los seres degradados y envilecidos que no comprenden la brevedad de los dias de la vida.

¿Cómo — se nos dirá — pueden existir hombres de tal naturaleza que abduquen de los mas bellos sentimientos del alma, de la inteligencia y del corazón? ¿Cómo pueden germinar estos seres en medio de la materializacion del sentimiento? ¿No hay en su interior una fuerza motriz que haga funcionar á las nobles y elevadas facultades del alma? ¿Acaso no hay un *algo* intimo que los

despierte de su estúpido sueño? ¿No sienten un *yo* superior al oro?

¡Ah! y bien que hay seres tan abyectos y tan miserables; mas nuestra pluma se resiste á estampar los nombres de Creso, rey de Lydia; de Marco Licinio Crassus, que nombrado triúnviro con César y Pompeyo, fué á robar con sus propias manos el templo de Jerusalem; de Rodrigo Borgia (*Alejandro VI*) padre natural de la famosa Lucrecia; de Pedro de Arezzo (*el Aretino*) que en sus obscenas producciones ensalzaba lo malo y ultrajaba lo mas sagrado, con el fin de procurarse riquezas; de Francisco Pizarro que tanta sed de oro tenia, que pocos, muy pocos, le parecieron los tesoros de los Incas, del templo del sol y de las minas del Perú; de Julio Mazarino, amante de Ana de Austria, que atesoró para sí todo el erario público; de María Cristina y de su digna hija la destronada por la justicia del pueblo.

Muchos hay tambien que sienten una ambicion desmedida por miserables sumas dignas de un mendigo, y que se arrastran por el suelo con tal de adquirirlas, prontos á cometer las acciones mas bajas, mas degradantes y mas asquerosas.

Por ejemplo, en México se dió el caso en que un hombre abyecto, abusando de su carácter profesional, traficase de la manera mas infame con la sangre, las barbas, las carnes y aun los harapos de una victima ilustre ajusticiada en el *Cerro de las Campanas* (Querétaro) el 19 de Junio de 1867.

Ese mismo pueblo de Querétaro es testigo de lo que referimos; pues por cuatro, seis, ocho, diez y doce pesos fuertes se dieron pañuelos empapados en la sangre de los

Hapsbourg, y el cadáver se profanó hasta la impiedad.

Ese mismo pueblo de Querétaro es testigo de que un general de los vencidos, que sufrió la pena de muerte al lado derecho de un emperador, fué entregado á sus enemigos por aquel que lo ocultaba en su casa, mediante una suma que el traidor no llegó á percibir.

Otros sienten rebozar en su pecho la ambicion de la ambicion; mas no pueden adquirirla porque su organizacion fisiológica tiene embotado el órgano del amor propio.

Estos no pueden desempeñar un papel en la vida real, y se concretan á su despecho á ejercer actos de *humildad* y aun de cierta devocion social, por decirlo así.

Susceptibilidades hay que lastimariamos si asentásemos ejemplos de este caso; mas por lo regular, entes de tal naturaleza, no llevan sobre su frente sino el anatema de la gente de razon.

El celo es una de aquellas pasiones que influyen tambien en el corazon del hombre de una manera violenta.

El celo no es mas que la envidia, y la envidia obliga al hombre á cometer actos verdaderamente ajenos de aquel que fué criado á imágen de Dios.

Desde que, segun Moisés de Leví, Cain asesinó en duelo fratricida al inocente Abel, la humanidad no ha marchado sino con pasos inciertos así como inseguros, por la senda de su perfeccionamiento.

La envidia no respeta sexo, edad ni condicion.

El famoso Andrea del Castagno asesina de una manera vil é infame á su amigo y compañero Domenico, solo porque este poseia el secreto de la pintura al óleo.

Guido Reni, el celebrado autor de la *Degollacion de*


los inocentes, es perseguido con furor por Annibal Caracci, por Miguel A. Caravaggio y por Carlos Saracino.

El gran Dominico Zampieri, se ve obligado á abandonar sus trabajos, su casa, su fortuna, su mujer y su hija, nada más que por la envidia de los napolitanos que no querian consentir que pintase y decorase la Capilla de San Janvier.

Jerónimo Savonarola, cuyas costumbres austeras y ejemplares eran el mas elocuente reproche á la escandalosa y libertina conducta del pontífice Alejandro VI, fué sacrificado por la envidia del mismo Papa y sus dignos cortesanos.

El destierro que sufrió Durante (*Alighieri Dante*) no fué ocasionado sino por la envidia mezclada con el despotismo, que contra el cantor del Infierno desplegara el turbulento Benito Cayetano (*Bonifacio VIII.*)

El inventor del péndulo, el noble Florentino Galileo Galilei, fué puesto en el banquillo del acusado solo porque sostenia que la tierra se mueve alrededor del sol; y el hijo de Vicente Galileo, no pudo resistir la fuerza de la envidia que lo sujetó al tormento de una retractación que la historia conserva aún.

El pontífice Adrian VI, fomentó la guerra que los envidiosos hacian á los grandes artistas, guiado, si se quiere, por un espíritu de modestia y de simplicidad, pero que en verdad no lo salva de la crítica de la historia, no obstante que tuvo el suficiente candor para decir "QUE UN PAPA PUEDE ERRAR AUN EN LAS COSAS DE FÉ" 

Pueblos hay que por envidia disputan el honor de haber dado nacimiento á alguna entidad ilustre en ciencias, letras ó armas.

Hombres hay que hacen de la envidia una profesion para subsistir; pero de tales monstruos haremos punto omiso.

Tambien el celo es la causa esencial de la mayor parte de las discordias que tienen lugar en el santuario doméstico.

¿Quién ignora que el celo es el principal móvil del corazon de la mujer?

Con frecuencia nosotros mismos tenemos la culpa de las discordias intestinas de la familia, pues la mujer no obra sino por el secreto y poderoso resorte de la venganza, pasion quizá la mas terrible en la mujer.

¿Y qué diriamos de esa pasion tan ardiente como vigorosa, llamada Lujuriam?

¿Nuestra pluma debe quedar callada y silenciosa en cuestion tan trascendental?

¿En esta materia, nos exigen las leyes del decoro alguna reserva?

Sin duda alguna, pues Betsabé, Cleopatra, Agrippina, Valeria Messalina, Poppea, Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans; Thargelil, Francisca Athenais, marquesa de Montespan; Lucrecia Borgia, Antonia Poisson, marquesa de Pompadour; la señorita Lavallière, Ana de Bouleyn, Maria Luisa, duquesa de Parma y esposa del rey Carlos IV, de España é Indias; Maria Cristina, Isabel II de Borbon, Eugenia de Guzman, ex-emperatriz de Francia, y otras mil cuya vida licenciosa y desenfrenada es bien conocida, nos excusan de todo comentario respecto á los vergonzosos crímenes á que las condujo la *carne*, enemigo el mas poderoso de los del alma.

Las pasiones y su estudio obligaron al gran publicis-

ta Jeremías Bentham, á escribir su profunda obra intitulada *Deontología ó ciencia de la moral*.

En ella se dan lecciones de provechosa enseñanza para los pueblos, y sobre todo para el hombre que desea vivir tranquilo y en paz con la sociedad.

Bentham, despues de una constante y meditada observacion del corazon humano nos "maximisa la dicha" segun su bella expresion.

Deseariamos poner algunos ejemplos extractados de este escritor; mas la brevedad de este ensayo nos obliga, como siempre, á compendiar las cuestiones que dejamos iniciadas.

Quizá mas tarde tendremos lugar de ser explicitos. Por ahora, basta.

IX

LAS CREENCIAS.

Todas las cosas son posibles para el que cree.

MÁRCOS.

UNA vez que la conciencia humana está plena y suficientemente convencida y satisfecha de la existencia de un Dios eterno, infinito, justo, sabio y omnipotente, autor del Hombre y de los mundos que componen la armoniosa y sorprendente máquina del Universo, ¿nos hallamos obligados á hacerle manifestaciones que expresen el reconocimiento que le debemos por la serie inmensa de los beneficios que dispensa á la criatura?

—Si.

Esta respuesta se halla en el fondo del corazon humano, que no es tan injusto é ingrato para dejar de tributar un homenaje que diariamente levanta hasta el trono de la divinidad.